

EL 20 DE JULIO

Escribe: FABIO LOZANO Y LOZANO

Pocos acontecimientos han tenido un cronista de tanta autenticidad, de tan severa exactitud, de tan sincero y efectivo calor de vida, como los del 20 de julio. El actor principal de tales acontecimientos, don José de Acevedo y Gómez, los relató al instante de sucedidos, antes de recogerse al descanso de la formidable jornada, en carta íntima para un pariente y amigo del alma, compañero de luchas por la libertad. Y creo que nada mejor podemos hacer en estas evocaciones patrióticas que leer esa carta y meditar sus enseñanzas, como se lee la Biblia y se medita sobre las verdades eternas en los días de recogimiento religioso.

Ese claro, sencillo y glorioso documento dice así:

Santafé, 21 de julio de 1810.

Señor don Miguel Tadeo Gómez.

El Socorro.

A las siete de la mañana, querido primo, grandes acontecimientos políticos. ¡Somos libres! ¡Felices de nosotros! Se completó la obra que comenzó esa ilustre Provincia. Antes de ayer averiguó este pueblo que unos cuantos facciosos europeos nos iban a dar un asalto en la noche de ayer y quitar la cabeza a diez y nueve americanos ilustres, en cuya fatal lista tengo el honor de haber sido el tercero, Benítez el primero y Torres el segundo. Esta noticia, semiplenamente probada por el infatigable celo de nuestros Alcaldes Gómez, europeo ilustre, y Pey, patricio benemérito, con la del horrendo asesinato que hizo en esa

villa el tirano Valdés, puso furioso al pueblo de Santafé, que antes tenían por estúpido. La noche del 19 vino el pueblo a guardarme, y si no lo he contenido, se precipita sobre los cuarteles.

Ayer 20 fueron a prestar un ramillete a don José González Llorente para el refresco de Villavicencio, a eso de las once y media del día, en su tienda en la primera Calle Real, y dijo que no lo daba; y que despreciaba a Villavicencio y a todos los americanos; al momento que pronunció estas palabras le cayeron los Morales, padre e hijo; se juntó tanto pueblo, que si no se refugia en casa de Marroquín, lo matan. En seguida, como a eso de las dos de la tarde, descubrieron al Alcalde toda la conspiración. El pueblo no le permitió actuar: descerrajaron la casa de Infiesta, jefe de ella, y si no le rodean algunos patriotas, brillaban los puñales sobre su pecho, lo mismo que sobre Llorente, a quien también sacó de su casa con Trillo y Marroquín, que escapó vestido de mujer, pero le cogió el Alcalde Gómez en una sala de armas. El Virrey mandó escolta para auxiliar a la Junta. Yo estaba en mi casa con otros amigos, cuando a la oración vino el pueblo y me llevó a Cabildo, pidiendo las cabezas de Alba, Frías y otros, con la libertad de Rosillo. La plaza estaba completamente llena de gente y las calles no daban paso. Subí y al instante me nombró el pueblo para su Tribuno o Diputado, y me pidió le hablase en público, haciéndome mil elogios. Calló, y le hice una arenga, manifestándole sus derechos y la historia de su esclavitud, y principalmente en estos dos años, con la de los peligros que habíamos corrido sus defensores. Le demostré la peligrosa cruz en que se hallaba si prevalecían la tiranía y la fuerza.

En seguida me gritó que reasumía sus derechos y estaba pronto a sostenerlos con su sangre; que extendiese el acta de libertad en los términos que me dictara mi patriotismo y conocimientos; que le propusiera Diputados para que unidos al Cabildo le gobernasen ínter las Provincias mandan sus Diputados, excluyendo de este Cuerpo a los intrusos.

Entré a la sala, extendí el acta constitucional, formé la lista de diez y seis Diputados. Salí a la tribuna, hice otra pequeña arenga, leí la lista, la aplaudió y notando que faltaba mi nombre, dijo que debía ser el primero. Y añadió otros Vocales, insistiendo en que iba a forzar la prisión de Rosillo. Le aplaqué, ofreciéndole que el primer acto del nuevo Gobierno sería

la libertad de este ilustre Vocal; que usara el pueblo con dignidad de sus derechos y no comprometiera con violencias la seguridad de ningún ciudadano. Oyó mi voz. ¡Qué placer es merecer la confianza de un pueblo noble! Llegaron a Cabildo los Diputados, Prelados, Jefes, autoridades, etc., y el Oidor don Juan Jurado, comisionado por su Excelencia para representarlo. Era tal la confusión que nadie se entendía. El pueblo gritaba que si no era cierto que tenía que pelear con tiranos, se le entregase la artillería. El Virrey la puso a disposición de don José Ayala, quien con cien paisanos se unió a su Comandante. Pidió también una compañía para guardia de las Casas Consistoriales, comandada por Baraya, y la mandó; pero no cesaban las desconfianzas. A las doce de la noche se trató de acordar, comenzaron a dar votos disparatados y a pedir la lectura del acta del pueblo, certificada por el Excelentísimo, y dije que el Congreso no tenía ya autoridad para variar la institución del pueblo. El síndico dijo lo mismo; el Oidor se oponía, y revistiéndome de la cualidad de Tribuno, salí al medio de la sala. Hice una arenga y declaré reo de lesa mejestad al que se opusiera a la instalación de la Junta. El pueblo me abrazaba, etc. El Asesor del Cabildo siguió el mismo dictamen, y el Síndico, cuyo voto fue el primero que puse, dijo lo mismo. Se retractaron los cuatro que habían propuesto adjuntos para el Virrey.

Hablaron los nuevos Vocales divinamente. El Demóstenes Gutiérrez se hizo inmortal. Torres, Pombito, etc. El pueblo gritaba lleno de entusiasmo. Jamás Atenas ni Roma tuvieron momento tan feliz, ni fueron superiores sus oradores a los que hablaron la noche del 20 de julio en Santafé. Resultó por unanimidad que no había facultad para variar el acta extendida por el Diputado del pueblo: que jurasen los Vocales y se instalase la Junta.

El Oidor quiso dar parte al Virrey antes, y el pueblo gritó que era un traidor, pues sujetaba la soberanía del pueblo a la decisión de un particular. Me asombré cuando oí esta proposición en boca de gentes al parecer ignorantes. No hubo arbitrio: se instaló la Junta unida al Cabildo: hice presente al pueblo la consideración que debía a don Antonio Amar por su prudencia en esta circunstancia, y las políticas que debían tenerse presentes para que lo hiciera presidente. Gritó que viva Amar; no, no es tirano pues que lo abona nuestro Diputado: sea Presidente. Fue una diputación a su Excelencia, a las tres

de la mañana, compuesta del Arcediano, Cura Omaña, Torres y Herrera, con el Oidor; le dio parte de todo; recibió con sumo gusto la noticia y aceptó el cargo con que le honró el pueblo, ofreciendo reconocer la Junta a las nueve de hoy y recibirse, suplicando sí que le dispensen venir a Cabildo, pues está malo. En seguida la han reconocido todos los Cuerpos que estaban presentes, el Cabildo, Prelados, Gobierno Eclesiástico y los Jefes militares, con expresa orden del Virrey. Sólo falta la audiencia de algunos Prelados, etc.

Tenemos que ir a las nueve a la primera sesión, en que quedarán concluidas todas estas formalidades. El pueblo no creyó los juramentos de Sámano. "Quito —gritaban— y el Socorro acusan a estos pérfidos". Sámano consignó el bastón muy sentido. Yo aplaqué al pueblo. Hay en este momento, que son las ocho de la mañana, sobre 4.000 hombres a caballo, que han entrado de la Sabana, y mi casa no se entiende. Toda la noche ha estado el pueblo frente a mi balcón gritando vivas; mi mujer y mis hijos no se han acostado. Esta fuera una Troya si el Virrey no se porta como se portó. Las campanas no han cesado de tocar a fuego; todo iluminado. El pueblo registró todas las casas sospechosas, pero no hizo daño alguno; sólo recogió las armas y municiones. En este estado nos hallamos. Adiós, mi querido primo.

JOSE DE ACEVEDO Y GOMEZ

P. S.—La Constitución debe formarse sobre bases de libertad, para que cada Provincia se centralice, uniéndose en ésta por un Congreso federativo. Así está jurada por todos...

Nada hay que agregar ni quitar a este relato. Su verdad escueta sigue siendo la verdad del 20 de julio. La verdad de la Patria. La "limpia luz" que iluminó la cuna y blasonó el linaje de Colombia.

El 20 de julio es por antonomasia el Día Grande de nuestra Patria.

"Es la fecha inmortal que el pueblo inscribe en el gran calendario de sus glorias", como dijo Rojas Garrido en versos sonoros e imperecederos.

El 20 de julio es el día en que todos los colombianos debemos juntar los corazones, elevarlos a Dios, dar gracias por los

beneficios recibidos y clamar por la paz, la libertad y la justicia. La paz —hoy más que nunca— es el supremo soporte de la libertad, y la libertad es la sal de la vida, es la razón más digna que tiene un hombre —y sobre todo un colombiano— para existir. Así lo declararon todos los pueblos americanos, reunidos en México en 1945, en documento transcendental y solemne que redactó casi íntegramente el Delegado de Colombia doctor Alberto Lleras y del cual se ha dicho que es la culminación de una labor adelantada sin pausa ni cansancio desde los tiempos de Bolívar, Santander y don Pedro Gual. Constan allí estas palabras lapidarias: “El hombre americano no concibe vivir sin justicia; tampoco concibe vivir sin libertad”.

Discutido en otro tiempo en su calidad de fecha magna o máxima, el 20 de julio está hoy plena y absolutamente aceptado como tal. Sus héroes son epónimos de nuestra historia. Sus hechos son hito cardinal de ella, después de los que amasaron con alma y sangre inmarcesible los Comuneros y Antonio Nariño.

El 20 de julio es el Día Nacional de Colombia, no tanto por precepto legal como por la unanimidad del sentimiento. Y el sentimiento está respaldado por la depuración del criterio histórico. El Acta del 20 de julio es realmente de Independencia. Acta de libertad, como la llamó su autor. Es la consagración de la Patria a la libertad. Es la manifestación del propósito ya irrevocable de tener Gobierno propio, nacido de la voluntad popular, de la entraña americana, palpitante y fecunda.

Algunas de las expresiones del Acta han sido consideradas como débiles, tímidas, inanes. Pero no podían ser precisas y enérgicas, dadas las circunstancias y dentro del concepto de realizar una transformación incruenta. El texto original recibió enmendaduras, interlineados, interpolaciones que muestran cómo la política o la diplomacia actuaron para mimetizar o paliar el pensamiento, a fin de evitar mayores dificultades, sacudimientos y peligros. La sangre corrió después en avenidas interminables. Pero los patriotas santafereños buscaron entonces —como después en tantas oportunidades— que la Razón Serena presidiera sus actos y engrandeciera la tarea.

Acevedo Gómez usó el 20 de julio su inmenso prestigio para calmar al gentío atomultuado y para encauzar el movimiento por caminos de paz. Quería que el pueblo usara con dignidad sus derechos y no comprometiera con violencias la segu-

ridad de ningún ciudadano. Quería que la persona del infortunado Virrey fuera respetada. Y lo consiguió. Pero no por pusilánime, sino por cauto y magnánimo. El pueblo sabía que era valiente, y por eso lo seguía. Y además de valiente, era el tribuno enardecido que conoce la historia y un revolucionario integral. En días anteriores había dirigido desde Bogotá la insurrección del Socorro, y ahora acababa de decir con tranquilidad espartana a su esposa: "Un suceso importante se acerca. Mi vida, mi fortuna, el porvenir de mis hijos, todo va a exponerse... Seremos libres o sabremos morir. Pero en este caso a nuestras viudas toca conservar en el alma de nuestros hijos este germen de libertad que nosotros vamos a sembrar... La mina está próxima a reventar, pero se ignora quién y cuándo le acercará la mecha encendida. Muchas conferencias hemos tenido los patriotas, y mil pareceres contradictorios se han emitido en nuestras juntas. El fogoso Carbonell querría un golpe atrevido; Lozano ha aconsejado proposiciones al Virrey; Torres quiere que se pidan terminantes y prontas explicaciones al Gobierno español; Herrera aconsejaba una asonada ruidosa que intimidase a los Gobernantes, y que en caso de correr la sangre de éstos, se mirase este hecho como un castigo ejemplar y una justa venganza; Benítez quiere que se indague con más atención la opinión pública, y no falta quién aconseje un sangriento atentado. En fin, casi todos hemos acordado en los medios, pero nuestro objeto es el mismo..."

Y llegaron por fin al acuerdo en los medios. Y dieron el golpe del 20 de julio. Y antes de que un mes se cumpliera, la transformación era completa. Los patriotas eran dueños de las fuerzas armadas, que habían estado en manos nada menos que de don Juan Sámano; eran dueños de las arcas reales, y del Gobierno en todas sus manifestaciones, hasta el punto de que el Virrey y los Oidores habían ido a la cárcel y al destierro. Cuando el Comisario Regio Villavicencio llegó —el 1º de agosto—, la Junta Suprema, por conducto de Pey, le hizo conocer claramente cuál era la verdad de la situación, Villavicencio —que era ante todo un insigne americano— contestó el día 7: "Consiguiendo a lo que expresa dicha Acta, veo que la Autoridad con quien debía tratar en cumplimiento de mis instrucciones ha desaparecido, que se ha instalado un nuevo Gobierno que, separándose de la dependencia del Consejo de Regencia, resume en sí la soberanía la Suprema Junta del Nuevo Reino de Granada ante el suspirado Monarca señor don Fernando VII.

Por tanto, creo suspendidas mis funciones como Comisario del Consejo de Regencia...".

¿Puede darse un testimonio más terminante del vuelco que habían sufrido las instituciones y todas las cosas por virtud de la "revolución" del 20 de julio?

En cuanto al reconocimiento que la Junta y el Acta hicieron de Fernando VII, es necesario repetir enfáticamente que él estaba condicionado *sine qua non* a un requisito que el "suspendido" no podía cumplir: *que venga a residir entre nosotros*.

Además, ese reconocimiento tenía el hondo significado de rechazar la intromisión extranjera, personificada en Napoleón y su hermano José. Meses antes habían llegado a Caracas varios oficiales franceses con la misión de hacer reconocer a José Bonaparte como Rey de España. El Gobernador Casas y el Regente de la Audiencia Mosquera Figueroa estuvieron perplejos. Pero el pueblo, encabezado por jóvenes mantuanos, se amotinó, obligó a los mandatarios a jurar fidelidad a Fernando VII y puso en fuga a los enviados del Emperador, quienes favorecidos por la noche se hicieron en La Guaira a la corbeta de guerra que los había traído. Un eminente historiador venezolano comenta el episodio con frase que viene bien para nuestros caudillos del 20 de julio de 1810: "No fue tanto una prueba de fidelidad a los Borbones españoles, como la voluntad del pueblo que nunca consentiría en someterse a un Poder extranjero".

Los suscriptores del Acta, autores y actores de la sedición victoriosa, no eran hombres para proceder alocadamente o con cobardía. Pero sí con tacto, política y mesura. Eran hombres de cultura y de pensamiento, de claras y arraigadas convicciones; y cuando fue necesario, dieron pruebas de valor y entereza que llegaron al heroísmo. Su acción inicial no fue arrebatada, sino precavida e inteligente; planeada con diligencia y cuidado sumos. En realidad, nada fue causal o inesperado. Ni siquiera los insultos de González Llorente y las trompadas de los Morales. Mucho menos la presencia de Antonio Baraya con su compañía del "Auxiliar" en la plaza, ni la estratégica distribución de algunos señoritos entre la muchedumbre de campesinos y labriegos, ni la llegada intempestiva de centenares de jinetes sabaneros.

Todo obedeció a un plan combinado en las reuniones del Observatorio y de la casa de Camilo Torres, y a una resolución irrevocable de realizarlo a cualquier precio. De encontrar resistencia, los filósofos hubieran muerto sin trepidar ese día, como lo hicieron luego en las batallas y en los patíbulos.

No hay razón ni justicia en llamar "Boba" a la Patria que nació de tan noble manera, ni floja al Acta que registró el alumbramiento. Cada día trae su afán, y el del 20 de julio se cumplió con decoro y dignidad perfectos. El Acta de Cartagena, del 11 de noviembre de 1811, es mucho más audaz y rotunda que la santaferense. Pero el camino estaba trazado y la brecha abierta.

¡Honor eterno a los próceres del 20 de julio, a los padres gloriosos de nuestra libertad!